

SEGUIDILLA GITANA



SEGUIDILLA-GITANA

Seguidla, ojos míos,
seguidla de lejos.
Seguidla, que en ella van mi alma y mi sangre
y mi pensamiento.

Mujer en quien puse
quereres y anhelos,
imagen que un día soñé con mis brazos
ceñir a mi pecho,

dolorida sombra
parece tu cuerpo
cruzando la calle, al sonar de campanas
que doblan a muerto.

Y muerto es ya todo;
y muerto lo veo
en estos lugares donde hallaron vida
los amores nuestros.

Ahí, en esa reja,
al pie de sus hierros
te hablaba al oído, cogiendo tus manos,
bebiendo tu aliento.

Sobre aquella roca
vino a sorprendernos
mil veces la noche. Las olas servían
a nuestro amor de eco.

Por la vez primera
muy quedo, muy quedo,
allí me dijiste, cerrando los ojos:
«¡Bien mío, te quiero!»

Por entre la reja,
te di el primer beso.
Aquí repetimos que nuestro amor nadie
podría romperlo.

Todo aquí vivía.
Hoy todo está muerto
aquí, donde echaron raíces tan hondas
los amores nuestros.

De lejos me miras,
de lejos te veo;
sólo así, de lejos, nos es permitido
mirarnos y vernos.

¡Ojos que en los suyos
buscabais el cielo;
ojos que su boca besasteis de cerca,
seguidla de lejos!...

A LA LUMBRE

A LA LUMBRE

I

Sentados junto al hogar
donde las ramas chispean,
y convertidas en lumbre
almas y cuerpos calientan,
vaqueros y lidiadores
charlan, beben y bromean.

Recostado contra un poyo,
en el hombro la chaqueta,

libres los anchos zajones
de hebillas y de correas,
con un chicote en los labios
y la garrocha en la diestra,
el mayoral calla y fuma
mientras los demás conversan.

— Oye — le dice el espada,
que al lado suyo se encuentra —:
Tú sabes que esta *corría*
pa mí es cuestión de vergüenza.
De *mo* y forma que espero
que las reses sean *güenas*.

— Son toros bravos — replica
el mayoral.

— ¿Con certeza
tuya que lo son?

— ¡Carcula.
Los escogí por mi cuenta.
Los más nobles y más bravos
son que pastaron en dehesa.

— Ya lo sé, porque estoy calvo
de saber lo que me aprecias.

Calculen ustés — añade
hablando a la concurrencia —
si será de confianza
hombre que su vida arriesga
por salvar la de un amigo.

Pues éste — y pone la diestra
en el hombro del vaquero —
hizo eso.

— Tú *desageras*.
Hice lo que cualquier otro
hace cuando el caso llega.

— ¿Qué fué ello? — en coro preguntan
los que al fuego se calientan.

— No fué *na*; un *sucedío*
que no merece la pena
de contarse.

— Vamos, hombre,
echa a un *lao* la modestia
y refiérenos el easo.

— ¿*Pa* qué?

— *Manque* no más sea
que *pa* ir matando la noche.

— No hay escape. ¡Cuental, ¡cuental

— exclaman a una voz todos.
— Vaya, pues que lo desean —.

El mayoral, recogiendo
sobre el hombro la chaqueta,
y alzándose poco a poco
del poyo en que se recuesta,

llega hasta el hogar, escarba
las brasas, ase una de ellas
con las tenazas de hierro,
prende el chicote, con fuerza

tira de él, escupe, tose,
en una silla se sienta,
da una fumada, echa el humo
y de este modo comienza.

II

— A punto de amanecer
salimos *pa* la *torá*
yo y mi compadre, a escoger,
seis toros que iban a ser
mataos por él en *Grand*.

— Esta *corria* es de empeño,
Pepe — platicó el *Rondeño* —.
Quiero *ganao* duro y fino.
Dije: Manda como dueño —.
Y tomamos el camino:

él en su torda *rodá*,
yo en mi capona morcilla
con la garrocha *terciá*
y la manta *acorredá*
en el arzón de la silla.

Los caballos galopaban;
con el viento se doblaban
las alas de los sombreros;
las espuelas retemblaban
en los estribos vaqueros;

con el aire se movían
de las mantas las junturas,
y al moverse sacudían
los borlones, que caían
a los *laos* de las monturas.

«¡Arza, *Moral*... ¡Arza, *Canela*!
— gritábamos a la par —.
¡Alantel... ¡No hay que parar!»
Y remetiéndolo la espuela
en el *suoroso* ijar,

uno junto a otro seguimos
sin detener la carrera.
Al frente la dehesa vimos,
cruzamos la carretera
y en el *cerrao* nos metimos.

Los toros que más servían
pa el asunto del viaje,
apartaos se tenían
y en ancho cerco se abrían,
guardaos por el cabestraje.

¡Vaya un *puñao* de torazos!
Mejores no los presenta
vacá; el de menos cuenta
tomó catorce puyazos,
sin recular, en la tienda.

Y de todos en el frente,
uno, en postura valiente,
nos miraba, presumiendo
de jaquetón y moviendo
la cola nerviosamente.

Toro de estampa mejor
no crió el campo andaluz:
bien *armao*, alto de cruz,
buen mozo, negro el color
y *rizá* la testuz.

— ¡*Rondeño*, aquél es *pa* til
— dije al punto que lo vi —.
¿Lo quieres?
— Lo iba a escoger
— respondió —. Aguárdame aquí,
de cerca lo quiero ver —.

Y con la postura brava
de la res *entusiasmao*,
sacó el hombre de mi *lao*
el caballo y fué *ande* estaba
el toro negro *parao*.

Apenas el toro vió
la jaca hacia él *dirigla*,
la dura tierra escarbó,
dió un paso y se encampanó,
dispuesto a la *acometta*.

Quise gritar. ¡Ya de *na*
valió! Ciego de coraje,
la negra piel *erizá*,
hizo el animal *to* el viaje
en la primer *arrancá*.

Llega al potro, con él cierra;
el cuerno en su vientre encierra;
segunda vez acomete,
y al golpe *ruean* por tierra
el caballo y el jinete.

Se oyó un ¡ay!..., un golpe duro,
y *na* se vió después;
alzó el toro con los pies
un montón de polvo *oscuro*
y los envolvió a los tres.

Cuando llegué a *toa brta*
vi la jaca mal *her'a*,
preso por ella al *Rondeño*
y al toro terco en su empeño,
con la testuz *preventa*.

Un brinco di; manta al brazo
corrí a evitar el hachazo
del toro; enfrontóme aquél,
acudió noble al mantazo
y salí *pa* atrás con él.

El caído se levantó,
vino la gente, llevó
al toro con la *tord*,
y *na* más. Si dije yo
que la cosa no era *na* —.

Mientras que todos elogian
su bravura y su nobleza,
chupa el vaquero el cigarro,
echa al hombro la chaqueta,
y nuevamente en el poyo
de ladrillo se recuesta.

LA REJA

LA REJA

Reja sevillana,
donde sus querer
dicen por lo bajo
hombres y mujeres,

¡qué hermosos tus hierros
cuajados de flores!
Tus flores se truecan
en nidos de amores

y hacen con sus hojas
tejidos espesos
que ciernen suspiros
que saben a besos.

¡Qué besos tan dulces
los besos de amores
dados entre hierros
cuajados de flores!

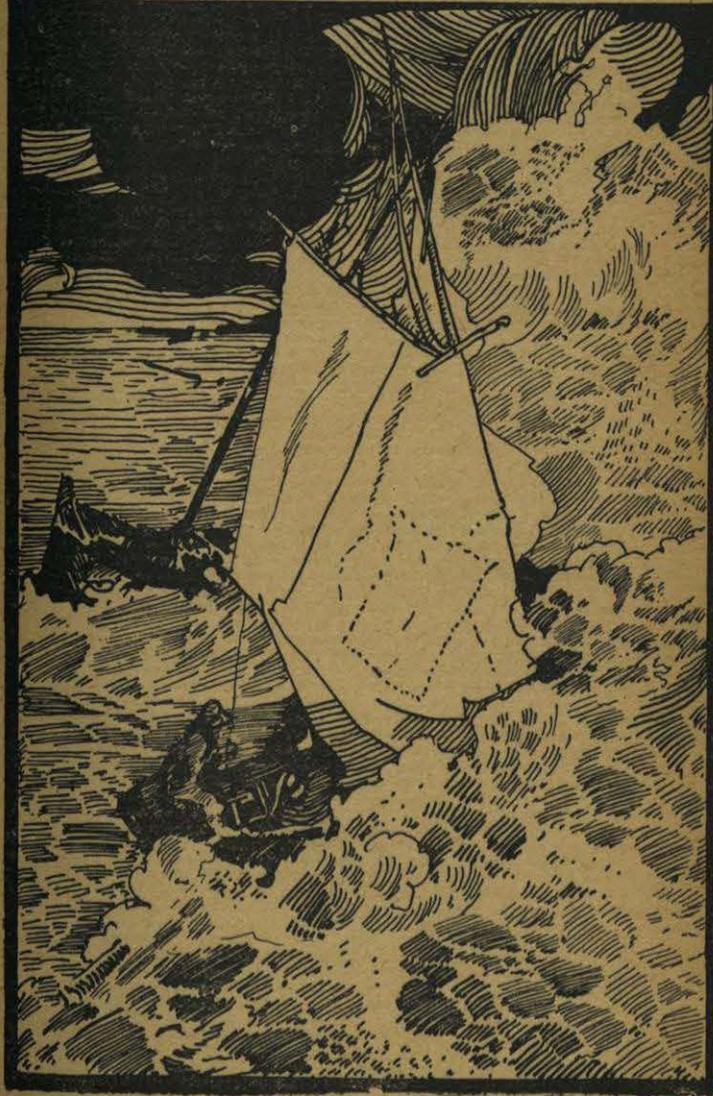
¡Qué suave, qué tenue
de amor el acento
vibra, entre las hojas
que sacude el viento!...

La queja de amores
es gloria, no es queja
lanzada entre flores
al pie de la reja.

Reja sevillana, deliciosa cuna
de amor, relicario de besos y flores,
hoy eres, al rayo blanco de la luna,
sepulcro en que pudren mis muertos amores.

GALERNA

NOVA
DEL PINO



GALERNA

A punto de alborear
rasgó la bruma su velo.
El sol halló, al despertar,
limpio de nubes el cielo,
libre de espumas el mar.

¡Qué hermoso anuncio del día!
¡Qué clara y serena aurora!
¡Qué franca era la alegría
de la gente pescadora
que hacia la playa venía!..

Al viento iba la canción
por los hombres entonada.
Apoyado en el timón
escuchábala el patrón,
puesta en el mar la mirada.

Todo era franco reír
en los hombres, al seguir
al sol en su amanecer.
Ellos le vieron nacer.
Él a ellos les vió morir.

Por aquel sol plateada,
cada vela desplegada
como un ala se tendía.
El arranque parecía
el volar de una nidada.

Las lanchas se aparejaron;
los hombres se prepararon;
la red en el mar cayó,
y las aguas se agitaron
y la faena empezó.

¡La faena!... La pelea
sin descanso ni merced
entre el pez, que huir desea,
y el hombre que forcejea
por encerrarlo en la red.

Todo el pescador lo olvida
entonces y lo descuida.
Todo : que su único afán
está en la red, que es su vida,
y en la pesca, que es su pan.

Todo también lo olvidaron
ellos, y cuando elevaron,
satisfechos de la suerte,
la vista al cielo, encontraron
en aquel cielo la muerte.

La muerte era y nada era :
una nube, una ligera
mancha que el cielo cubría,
una sombra traicionera
que en su fondo aparecía.

Algo que apenas se advierte;
 un jironcillo de tul
 con que el aire se divierte;
 un punto negro en lo azul.
 Eso es todo; y es la muerte.

¡Galerna! — gritó un patrón,
 y, respondiendo a su acento,
 puso cada embarcación
 la vela a favor del viento
 y hacia la playa el timón.

Y como al romper el día,
 el avance parecía
 el volar de una nidada;
 de una nidada que huía
 temblorosa y espantada.

Inútil huir; buscar
 la playa, tardío intento...
 En lo que dura un momento
 plomizo se volvió el mar
 y cárdeno el firmamento.

Agua y cielo confundió
 una negrura, una sola.
 El cielo un rayo escupió,
 y el agua lo recogió
 sobre la cresta de una ola.

Con siniestra claridad
 alumbró la obscuridad
 el rayo en zig-zag partido.
 Se oyó en el aire un rugido
 y estalló la tempestad.

Olas y nubes mezcladas
 iban con chocar violento
 de un lado a otro, acompañadas
 por las recias bocanadas
 del embravecido viento.

Nunca tuvo el huracán
 ni más implacable saña,
 ni más homicida afán:
 cada ola era una montaña
 y cada nube un volcán,

¿Y las lanchas? En porfía
imbécil con el mar; solas
y con el azar por guía,
daban saltos de agonía
en la cresta de las olas.

Las olas las volteaban,
en alto las levantaban,
en el aire las mecían,
a las rocas las lanzaban
y en las rocas se partían.

¿Los hombres?... Allá en el mar
se les veía luchar
con los fieros remolinos
y girar y regirar
a sus golpes asesinos.

Cada boca era un lamento;
cada oleada un tormento;
cada voz y cada acción
una horrible maldición
dirigida al firmamento.

Después... Sobre el mar flotaban
tablones hechos pedazos
que contra las peñas daban;
aquí y allí, algunos brazos
temblorosos se crispaban.

Después nada. Golpes fieros
partieron contra el rocaje
los desclavados maderos...
A ellos, a los marineros
se los sorbió el oleaje.

Y cuando nada quedó
las aguas se apaciguaron,
el huracán se encalmó
y las nubes se rasgaron
y el sol por ellas brotó.

En polvo de oro cayeron
desde el cielo sus fulgores,
y un beso paternal dieron,
en el mar donde se hundieron,
los humildes pescadores,